



## P. EDUARDO SERÓN PUÉRTOLAS, S.J.

Pamplona 19/11/1934 – Valencia 10/02/2021

### Cargos

A Eduardo, con gracia y cariño, un compañero con el que siempre se ha llevado muy bien le recordaba con frecuencia que desde que entró en la Compañía nunca tuvo el nombre propio a la puerta de la habitación.

*Desde que entraste al noviciado, - le decía - te pusieron a la puerta: H. Bedel y desde entonces siempre, Director, Rector, Provincial, Administrador... el nombre propio no te lo han puesto hasta ahora, que estás jubilado, aunque sigues mandando. Y el P. Serón, que ya había oído muchas veces la monserga, con mucha benevolencia e ironía apuntaba: Hombre esto que me dices es nuevo.*

La anécdota recoge sin duda una de las cualidades más evidentes y conocidas de nuestro querido P. Serón. Su capacidad de liderazgo y de gobierno. Efectivamente, basta ver su currículum para darse cuenta de los servicios eminentes y constantes que, con cargos de responsabilidad muy importantes, ha prestado a la Compañía y a sus obras, especialmente a la antigua provincia de Aragón.

Lo ha sido casi todo, y lo fue en tiempos muy convulsos y difíciles, tanto socialmente, como eclesialmente, como en el interior de la Compañía. Rector del colegio en el momento en el que, en Valencia, el P. Arrupe entona el *mea culpa* porque cree que la Compañía no ha dado a su alumnado la formación social que se debía, con el consiguiente revuelo entre las familias bien de nuestro alumnado. Y Serón aplacando malestares.

Provincial en el momento crucial en que la Compañía, con el P. Arrupe enfermo, queda intervenida, con el P. Dezza al frente. Rector/Director del colegio S. José y de las Escuelas en un momento en que se avanza a la fusión de dos instituciones de trayectorias bien diferentes. Una social y hasta benéfica, la otra de distinción educativa entre las clases de la alta sociedad valenciana. Se hace con tensiones desgarradoras entre las familias, deserciones, y entre los mismos jesuitas, conflictos y protestas que llegan hasta el mismo P. General. Ahí, en ese turbión, se bandeará el P. Serón.

Con cargos de gobierno en momentos políticos muy tensos, en los que jesuitas jóvenes, impulsivos e imprudentes, terminan en comisaría, comprometiendo, no solo sus

personas, sino la posición equilibrada institucional que la Compañía y sus obras quiere preservar. Y allá irá el P. Serón a negociar, a tender puentes, a calmar ánimos.

Eduardo es el hombre de carácter templado, inteligente, perspicaz, con visión, dialogante y firme a la vez. Gobernó porque su manera de mandar nunca fue arrolladora, impositiva... era una visión lúcida, que intuía caminos por los que había que comenzar a transitar, y él dialogaba, persuadía, tomaba decisiones... sin buscarse para sí gloria ni protagonismos. Le tocaron lidiar tiempos muy difíciles en los que, entre tiranteces fuertes, presionaba un modelo nuevo de vida religiosa, de instituciones educativas, de relaciones... que no acaba de consolidarse, mientras pervivían unas visiones anquilosadas con unos usos y prácticas que se veían inadecuados a los tiempos. Él escuchaba, serenaba, marcaba caminos...

Su saber estar, su voluntad conciliadora, era siempre una garantía para encontrar el camino que convenía. Y ello, no solo para las instituciones de la Compañía que dirigió: Colegio Nazaret de Alicante, Colegio de Zaragoza, Colegio de San José y Escuelas de Valencia, Provincia... sino también su colaboración y consejo en otras instituciones.

El director de la Casa Grande, institución señera de caridad de la ciudad de Valencia, nos enviaba el pésame con estas palabras:

*Nos dirigimos a Vd. para transmitirle nuestro más profundo sentimiento de condolencia: el de la Junta Directiva de esta Asociación, la Dirección y demás colaboradores.*

*El P. Serón, perteneció a la Junta Directiva de esta Asociación a finales de los 90, período del que destacamos su valiosa colaboración participando activamente en sus decisiones, avaladas no solamente por su superior criterio sino también por su dilatada experiencia en la dirección de centros educativos e instituciones. A ello cabe añadir, su implicación en esta obra, procurándole importante apoyo en circunstancias difíciles, con el que hacer posible la continuidad de la acción social que en favor de las personas necesitadas lleva a cabo desde el año 1987. Por último, queremos resaltar especialmente el talante de sencillez y cercanía que presidió su relación con todos los que lo tratamos durante dicho período, y que tan buen recuerdo ha dejado en todos nosotros.*

### **Cercanía y humanidad**

El P. Serón no era un mero gestor al uso. Siendo un hombre de tantas responsabilidades, sabía ver el lado humano, aún en momentos muy delicados. En tantos años de servicio, le tocó lidiar asuntos muy desagradables, como aquel descubierto en las cotizaciones a la Seguridad Social de varios millones de pesetas que, un empleado de la administración, con mala cabeza, perpetró. Serón tomó las medidas pertinentes, pero aún encontró la rendija adecuada para salvar a la persona y dar nuevas oportunidades de rehacerse.

Y no sobrevolaba la realidad. Se preocupaba de la relación personal, del caso concreto de cada cual. Con las familias, con las personas, con los alumnos, era cercano. Valgan como muestra estos dos testimonios.

*Aprovecho para mandaros un sentido abrazo para estos momentos de y en comunidad. Eduardo especialmente ayudó mucho a mi familia, a mi madre cuando llegamos de Castellón, cuando murió mi padre. Y acompañó y guio el proceso de criarme y educarme y seguramente tengo que agradecerle parte de lo que soy y de lo que mi madre es. Necesitaba compartir esta vivencia.*

*Eduardo era Rector del Colegio San José cuando yo entré con siete u ocho años, hacia 1971, más o menos. A todos los compañeros nos imponía por su altura, y sobre todo porque era el Rector.*

*Un día, en tercero de primaria, me había portado mal y el profesor me envió a su despacho. No era el primero de la clase que emprendía ese viaje (nadie comentaba después en qué había consistido la visita) y avanzaba con terror por los pasillos hacia el temido destino, pensando si había alguna manera de salir airoso de la situación.*

*No sé si era cosa exclusiva de aquel maestro o práctica habitual lo de enviar a los alumnos castigados al despacho del Rector, pero el caso es que no pareció muy sorprendido de ver aparecer a un crío por su puerta. Recuerdo que Eduardo me miró con una media sonrisa y me preguntó más o menos:*

*-¿Qué desea usted?*

*-Yo nada, es que el profesor me envía a su despacho, pero no sé para qué.*

*-Pues, hala, vuelva a clase y pórtese bien.*

*Lo de pórtese bien me dio a entender que no le había engañado, pero al mismo tiempo me pareció un indulto más que un castigo. Con ojos de adulto veo cómo Eduardo sabía ejercer la autoridad con comprensión y sin prepotencia.*

Este es el Eduardo de los grandes servicios y de su talante de gobierno. Zaragoza, Alicante, Valencia... se aprovecharon de su gran actividad y valer.

Y, a pesar de ser un hombre de instituciones, también le iba el trato con la gente; vivió con gusto en comunidades pequeñas, participó, sobre todo en Valencia, en la vida de barrio y colaborando en la pastoral de parroquia de Canterería. Su talente abierto y afable creaba buen ambiente y esparcía empatía y bondad.

Fue entregando su vida aquí y allá, como buen jesuita, donde se le necesitó. Gastando y desgastando su vida, hecho amor y servicio desde la responsabilidad y la discreción.

El tiempo fue pasando, y un ictus hace unos años le limitó su actividad. Él, lúcidamente, fue encontrando su sitio para seguir sirviendo desde puestos más de retaguardia. Tres ocupaciones últimamente le llenaban la vida: la coordinación de los EE en la vida

ordinaria de un grupo significativo de personas, la dirección espiritual y la historia de la Compañía en Valencia.

### **Ejercicios en la vida ordinaria**

Buen conocedor de la espiritualidad ignaciana, buen psicólogo, también entrevistaba, valoraba, asignaba acompañantes... animaba a hacer los EE. Valgan estos dos testimonios de su precioso trabajo de estos últimos años.

*Hablé con Eduardo. Deseaba volver a hacer ejercicios en la vida diaria; él era el responsable de los Ejercicios en Valencia. Seguí el procedimiento acostumbrado y le pedí entrevista; casi me interrumpió para decirme, con firme dulzura, que a mí no me hacía falta hacer ejercicios y que no me admitía. Me quedé perplejo, pensando: un jesuita que no quiere que alguien haga los ejercicios. No necesité mucho tiempo para darme cuenta de que, en efecto, yo no necesitaba repetir los ejercicios, sino continuar buscando la contemplación en la acción. Esto me demostró su profunda capacidad de penetración espiritual de las personas y su excelente conocimiento de para qué sirven los EE.*

*Una visita a Eduardo derivó en su propuesta de realizar unos ejercicios espirituales en el Centro Arrupe. Unos ejercicios en la vida diaria que él coordinaba y que realicé con mucho interés durante el curso 2018-2019.*

*Hay personas que aparecen en nuestras vidas cuando somos aún muy jóvenes y percibimos que su presencia nos hace crecer. Otras llegan a nosotros en una etapa más madura, cuando ya hemos hecho un cierto recorrido, y sentimos que sus gestos y sus palabras nos ayudan a centrarnos, a orientar mejor nuestro caminar. ¿Cómo agradecer a unos y otros lo que nos han aportado, el impulso que han dado a nuestras vidas?*

*El Padre jesuita Eduardo Serón, ha sido un hombre sencillo y amable que ha prestado un gran apoyo espiritual a muchísima gente. También lo hizo para mí, y desearía expresarle por ello mi gratitud. Acaba de marcharse a la casa del Padre, pero seguirá vivo sin duda en el corazón de todos los que nos relacionamos con él.*

### **Director espiritual**

Ese talente acogedor, de saber escuchar y de criterio sensato ha hecho que el P. Serón fuera visitado por muchos, reclamando sus palabras amables e iluminadoras. Hombre de consejo. Sacerdotes, religiosas, laicos a los que había dado ejercicios, le buscaban y él accedía, aún en este tiempo de pandemia en el que había que tomar medidas de prevención. Él no quiso aislarse por el miedo, nos pidió que habilitáramos el sitio ventilado, confortable, fácilmente accesible desde la calle para poder seguir prestando este servicio que ha realizado muy hasta el último día.

Su celo pastoral no se limitaba a la relación personal. También reunía sus pequeños grupos de laicos, amigas, amigos y conocidos, para compartir espiritualmente o para celebrar la eucaristía. Les hacía mucho bien, y aún en estos tiempos de pandemia, con mucha prudencia y prevención, disfrutaba de estas reuniones, le daban vida y entregaba vida y espiritualidad.

### **Y la historia de la Compañía en Valencia**

Su prodigiosa memoria y las responsabilidades que tuvo encomendadas le convertían en un auténtico testigo de la Provincia de Aragón en los últimos cincuenta años. Por otra parte, apasionado de la educación y de la Compañía, estaba ilusionado con celebrar muy dignamente con exposiciones y libros los 150 años de la presencia educativa de la Compañía en Valencia desde la restauración. Ya había él recopilado lo más significativo de la historia de las Escuelas, con motivo de su 50 aniversario, pero ahora era algo más ambicioso lo que había que exponer y celebrar. Por eso, con facilidad estaba trabajando en ello con un equipo de laicos muy diverso, en los que depositaba su confianza y animaba a la tarea. Siempre expresaba su opinión, pero era capaz de modificarla a través del diálogo y la flexibilidad que siempre procuraba tener. Él mismo era, no solo un testigo en sentido histórico de los tiempos a retratar, sino también una expresión viva del dinamismo y las motivaciones espirituales que han generado la historia jesuítica de Valencia.

### **En comunidad**

Le decía el compañero a Eduardo que aún jubilado seguía mandando. Efectivamente, seguía mandando. Pero ya hacía dos años que, desde que dejó la responsabilidad de la enfermería, una gran liberación para él ya no tenía ningún cargo. Mandaba porque su palabra siempre moderada, lúcida, constructiva y amable era una referencia obligada para todos los miembros de la comunidad.

Animaba y organizaba alguna excursión comunitaria, porque le gustaba meter ruptura en la vida monótona que él mismo se imponía. Vida reglada y serena que comenzaba con la eucaristía mañanera de 7'30. Si la presidía él, no faltaban unas breves y documentadas palabras sobre la celebración del día, y unas peticiones bien formuladas, que expresaban sus preocupaciones espirituales desde un corazón ancho y mirada larga y generosa: *por la renovación eclesial, por el entendimiento entre los políticos, por el sufrimiento de tantos en este tiempo de pandemia...*

Su ocupación diaria seguía con una lectura reposada de los periódicos y continuaba la mañana con sus papeles e investigaciones y sus entrevistas. Participará con gusto de la quiete del café, bromeando y compartiendo anécdotas simpáticas y bien contadas de lo mucho que vivió. No dejará de comentar los resultados de los equipos de fútbol aragoneses con lo que se siente afectivamente vinculado, especialmente del Huesca. Y no se perderá la partidita de cartas de después de cenar, que no consentirá que se le llame timba, no. Es, decía, la academia, porque entre las cartas se aprende mucho. Su presencia, siempre amable y discreta, era un regalo para la vida de comunidad.

- *¿Cómo estás, Eduardo? Razonablemente bien.*

Supo situarse muy bien en su momento vital. Hablando en una reunión de comunidad de planes de provincia sentenció: *no nos pidáis reaccionar vivamente a estos proyectos porque ya no es nuestro tiempo, ya no los entendemos, lo que nos corresponde es respetarlos y apoyarlos con la oración.*

Este era Eduardo. Se había sometido hace poco más de un año a una operación de corazón, de cierto riesgo, porque las válvulas ya no daban más de sí. Se recuperó bien. Para su vida tranquila, su salud era frágil pero suficiente. Pero llegó el coronavirus. Nos confinamos. Los primeros días apenas tuvo síntomas, estaba bien. Pero a la semana, la saturación decía que algo iba mal. Se le lleva al hospital por urgencias, aunque entra consciente y por su propio pie. Pero la neumonía estaba ahí. Le tratan en planta, deciden no pasarlo a la UCI porque no tiene recursos para resistir el envite. El médico que lo atendió es un querido antiguo alumno suyo. Hace lo imposible por sacarle adelante. Pero no pudo ser. Se nos fue, de repente, sin despedida, sin compañía, sin velatorio. Su comunidad seguía confinada.

Se le inhumó en el panteón de la Compañía, tras un responso, acompañado por los jesuitas de la otra comunidad y algunas empleadas de la enfermería. Queda pendiente la eucaristía de acción de gracias y el homenaje que se merece este hombre grande. Descanse en paz este jesuita señor. Dios le habrá pagado ya tantos desvelos y servicios que prestó a la construcción de su Reino.

José Ignacio Rodríguez Álvarez sj.

Valencia, 15 de febrero de 2021